

¿Qué es la burocracia sindical?

Ianina Harari

Militante de Razón y Revolución

“Escuchamos dichos como estos:
¡Siempre tranquilo! ¡Esperadad! ¡Todo llegará!
Después de una crisis mayor
¡viene un auge mayor!
Y dije a mis colegas:
¡Así habla el enemigo de clase!
Cuando él habla de buen tiempo,
se refiere a su propio tiempo. (...)
Un día los vi marchando
detrás de nuevas banderas.
Y muchos de los nuestros dijeron:
No hay más enemigo de clase.
Entonces vi encabezándolos
hocicos que ya conocía,
y escuché voces berreando
en el antiguo tono de sargento.”

Bertolt Brecht: *La canción sobre el enemigo de clase*

La intervención en los sindicatos obreros es una de las tareas principales de los partidos revolucionarios, porque allí van al encuentro y a la organización de los trabajadores. Como ninguna intervención puede ser eficaz sino parte de una cabal comprensión del problema que se enfrenta, es necesario responder algunas preguntas: ¿cuál es el objetivo de los partidos revolucionarios al encarar la lucha sindical? ¿a quiénes se enfrentan en este terreno? y ¿cómo se los combate?

La primera pregunta refiere al para qué, es decir cuál es la finalidad de los revolucionarios en la lucha sindical: ¿Qué buscamos lograr con la organización sindical de los trabajadores? La segunda, apunta a identificar a los enemigos, que no son solo la

la patronal, y el Estado burgués, sino, también quienes dirigen los gremios, hoy dominados por la burocracia peronista, en sus distintas versiones. La burocracia sindical es el primer enemigo a combatir, pues la primera línea de defensa de la burguesía en el terreno laboral. Cualquier trabajador que quiera organizarse para luchar por sus derechos se enfrentará – antes que al estado y a la patronal- a la burocracia sindical. Pero no se puede combatir a quien no se conoce. El último interrogante requiere comprender en qué se basa la hegemonía de la burocracia en los gremios: ¿Cómo es que el peronismo retuvo durante tantas décadas los gremios y las centrales sindicales? Sin comprender esto, la izquierda continuará librando una batalla a ciegas con los mismos exiguos resultados que hasta ahora.

¿Qué tipo de lucha es la sindical?

La lucha sindical constituye la primer batalla que la clase obrera libra contra la burguesía. Mediante ella, se enfrenta a su enemigo de clase en el nivel más elemental de las relaciones capitalistas, es decir, en el terreno económico. En este campo se disputa la venta de su fuerza de trabajo, tanto su precio (salario) como su uso (las condiciones laborales). Esta lucha no implica un cuestionamiento a la relación de producción capitalista ni en su forma (el trabajo asalariado) ni en su contenido (la explotación). Cuando se organiza a la clase obrera sindicalmente se la organiza como clase en sí, es decir, como clase para el capital. Por tanto, no se cuestiona la existencia misma de la división de la sociedad en clases sociales ni se busca abolir la organización social capitalista y, por tanto, el dominio de la burguesía. Por el contrario, en sí misma, la lucha sindical parte de la aceptación de la existencia de la explotación capitalista. Sobre esta base busca imponer un límite a la tasa de explotación, pero no eliminar su existencia misma.¹

Un sindicalista reformista acepta esta limitación al punto de transformar el accionar dentro de los límites del sistema en la esencia de su actividad política. Reivindica como rasgo de ese accionar su “realismo”. Su único objetivo es lograr alguna mejora en las condiciones de vida

¹Ver: Anderson Perry: “Alcances y límites de la acción sindical”, en *Economía y política en la acción sindical, Cuadernos de Pasado y Presente*, n° 44, 1973, Córdoba.

de la clase obrera bajo el capitalismo, mediante una “distribución más justa” de los ingresos. Entonces, considera su “realismo”, es decir su aceptación de los límites del sistema social, su mayor virtud. Los revolucionarios que encaran la labor sindical, en cambio, conocen los puntos flacos de este supuesto “realismo”. Son conscientes que la única vía para evitar la tendencia a la degradación de la clase obrera es la revolución socialista, porque las conquistas sindicales bajo el capitalismo solo pueden revertir parcial y momentáneamente esa tendencia. Mientras para los primeros la lucha sindical es un fin en sí mismo, para los revolucionarios la lucha sindical es la primera trinchera a cavar contra la burguesía en una guerra que busca acabar con su dominación social. Los reformistas no buscan superar la instancia de la clase en sí. En cambio, los revolucionarios buscan el salto cualitativo hacia la conformación de la clase para sí, es decir una clase organizada en pos de sus intereses históricos y no solamente de los inmediatos, lo cual se expresa en la conformación del partido revolucionario de masas.²

La organización sindical es un primer paso que permite quebrar con la fragmentación y la competencia que el capital impone entre los propios obreros, con la conciencia liberal individualista, oponiéndole la solidaridad de clase y la conciencia de la existencia de intereses comunes opuestos a los de la burguesía. Sin embargo, esa conciencia es aun limitada: se puede entender la oposición de intereses, pero creer que estos pueden conciliarse en los marcos del capitalismo. El corporativismo, que surge de este supuesto, tiene en la Argentina su expresión más acabada en el peronismo. En la medida que un sindicalista reformista cree que la diferencia de intereses puede resolverse en el marco capitalista, termina por ver como contraproducente los intentos de superar este sistema. A partir de allí su postura no solo es limitada, en el sentido que pide reformas, pero no avanza en la transformación general del sistema, sino que pasa a jugar un rol reaccionario ante la emergencia de sectores revolucionarios a quienes combate en distintos terrenos. No solo plantean que es posible conciliar intereses dentro del capitalismo, sino que este es el mejor horizonte deseable. Para defender esta perspectiva recurren a valores nacionales y religiosos, como lo muestran estos elocuentes ejemplos de inicios de los '70:

“De esta forma ha de llegarse a la democracia integrada donde solo ha de haber lucha de intereses teniendo en cuenta una real escala de valores para obtener una escala jerárquica, pero jamás una lucha clasista. Los importadores de

²Ver: Lenin, V. I.: *¿Qué hacer?*, ediciones varias.

este pensamiento no han analizado las tremendas contradicciones en que ha caído el propio socialismo marxista.”³

“No necesitamos apelar a concepciones extrañas, ni corrientes filosóficas que repugnan nuestra tradición cristiana, para concretar la revolución anhelada, de esencia, raigambre, estilo nacional. No vamos a instituir la lucha de clases como fin, sino suprimir el enfrentamiento sectorial, para crear las condiciones económicas que permitan una distribución equitativa de las riquezas y bienes producidos [...] Cristo redimió a la criatura humana y le señaló el camino de su igualdad y dignidad predicando el amor entre hermanos. Así debe ser nuestra revolución Justicialista”.⁴

En cambio, los revolucionarios comprenden que los intereses de ambas clases son contradictorios y, por lo tanto, no hay posibilidad de conciliarlos. Lo que buscan, entonces, es elevar la conciencia obrera hacia su interés histórico: la única forma de alcanzar una mejor vida es enterrar el capitalismo y construir una sociedad sin clases. Por supuesto, que esto no puede lograrse únicamente mediante la agitación sindical, y por ello, la misma debe complementarse con otras tareas.

En resumen, la lucha sindical es solo un aspecto de la lucha de clases, pero no el único como pretenden entenderla los reformistas. Este señalamiento es importante, porque existe cierta sobrevaloración de la lucha sindical en la izquierda argentina, que tiende a entenderla como el ámbito casi exclusivo de intervención partidaria. Esto parte de una concepción espontaneísta, según la cual a través de la agitación de consignas sindicales exclusivamente, los obreros llegarán solos a la conclusión de que el capitalismo debe ser destruido, ya sea porque al ir aumentando y profundizando en forma gradual sus reivindicaciones caerán en la cuenta que la burguesía no podrá otorgárselas, ya sea porque se darán cuenta del poder que tienen como clase. O bien, harán la revolución sin ser conscientes de lo que están haciendo.⁵ Es decir, no haría falta la intervención del elemento consciente y, por tanto, la lucha político-ideológica pierde sentido. No es necesario explicarle nada a los obreros, porque ellos solos sacarán las conclusiones de su accionar. En

³Unión Ferroviaria: *El obrero ferroviario*, n° 839, octubre de 1973, p. 15.

⁴Federación Sindicatos Unidos Petroleros del Estado: *Petróleo Argentino*, n° 74, agosto-septiembre de 1973.

⁵Ver: Kabat, Marina: “Rosa Luxemburgo, el rol de las masas y la organización en los procesos revolucionarios”, en Kabat, Marina (Comp.): *Espontaneidad y acción. Debates sobre la huelga de masas, la revolución y el partido*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2015.

más, hay partidos que creen que hasta es contraproducente hablarles a los obreros de algo para lo que “no están preparados” o no comprenderían (como si fuera imposible explicarles). Si solo se puede hablar de lo que ya conocen, entonces debemos rebajar nuestro programa al de la burguesía, que es la encargada de explicarles diariamente cómo deben entender el mundo. El “luchismo” hace aquí su aparición.

Esta concepción de la actividad sindical y de los procesos revolucionarios borra de un plumazo el corazón de la lucha política revolucionaria. A saber: la necesidad de emprender una batalla por las conciencias, que libradas a la “espontaneidad” no hacen más que reproducir la ideología dominante, o sea, la ideología burguesa. A esto aludía Marx cuando defendía el socialismo científico y explicaba que si la realidad fuera transparente, la ciencia sería superflua. Es lo mismo también a lo que refería Lenin en el *Qué Hacer*.

Gran parte de la limitación del resto de los partidos de izquierda hoy en día está relacionada con este problema: su negativa a intervenir con una política revolucionaria y su adaptación al reformismo sindicalista, por lo que basan su tarea exclusivamente en la agitación. La mera acumulación de experiencias no es suficiente para el pasaje de la conciencia reformista (burguesa) a la revolucionaria (obrera). Tampoco las consignas de agitación económica permiten esto. Nada asegura que la lucha sindical, por más radicalizada que sea, devenga en lucha política. Si así fuera, la clase obrera mundial ya debiera haber sacado sus conclusiones en alguna de las grandes crisis capitalistas que sufrió y el socialismo sería hoy una realidad; del mismo modo que la clase obrera argentina ya habría roto mayoritariamente con su dirección burguesa reformista (el peronismo), que la ha defraudado decenas de veces. Si esto no ha sucedido es porque existe una deficiencia en la intervención política de los revolucionarios que impide el avance de la lucha económica hacia la lucha política. Si solo nos limitamos a imitar a los sindicalistas reformistas, aun con mejores formas, no estaremos haciendo avanzar un ápice a la clase, sino que más bien nos convertiremos en un elemento de contención y, lo que nos lleva al siguiente tema, no tendremos demasiados elementos para diferenciarnos de nuestro rival.

El enemigo en nuestras filas

Cuando los revolucionarios emprenden las tareas de agitación sindical entre los obreros tienen un obstáculo a vencer: la gran mayoría de las fracciones la clase obrera ya cuentan con una organización y una

dirección sindical. A esta altura de la historia, son pocas las ocasiones en las cuales la tarea se centra en organizar a una fracción previamente desorganizada y atomizada. En cambio, priman los casos en los que se debe disputar la dirección de alguna tendencia peronista que detenta la dirección hace décadas: la burocracia sindical.

Para entender qué se esconde detrás de la idea de “burocracia sindical”, hay que partir de que se trata de un concepto histórico, es decir, el nombre con el que se designa a los cuadros sindicales peronistas en la Argentina. Entonces, se trata del personal sindical de un programa político determinado: el reformismo, que, como explicamos, es un programa burgués por su contenido, por más que sea encarnado por masas obreras. Ya hemos hablado del reformismo y explicamos que se trata de un programa de conciliación de clases. El rol de la burocracia en este esquema es representar los intereses de la burguesía en el seno del proletariado (la continuidad de las relaciones capitalistas) y, al mismo tiempo, representar los intereses secundarios (económicos corporativos inmediatos) de la clase obrera en el seno de la burguesía. Que la balanza se incline más para uno u otro lado, dependerá de cuan a la izquierda o a la derecha esté el reformismo que pregonen. Esto significa que la burocracia puede luchar, y mucho. Puede dirigir luchas obreras, y hasta enfrentamientos con el Estado. Hay cientos de ejemplos, desde los planes de lucha con tomas de fábricas de Vandor en los '60, hasta la lucha contra la reforma laboral del MTA de Moyano en los '90 que fueron reprimidas, o las huelgas al kirchnerismo contra el impuesto a las ganancias. La huelga que dio lugar al Cordobazo fue convocada por la burocracia cordobesa que luchaba contra las quitas zonales y la derogación del sábado inglés. La CGT de los Argentinos y la CGT de Brasil fueron escisiones de la burocracia que se han enfrentado a dictaduras militares. La CTA con la carpa blanca de CTERA es otro ejemplo del mismo punto.

Los límites de estas luchas, que suelen caracterizarse como traiciones, deben buscarse en su programa. El reformismo es un programa de conciliación de clases, que propone una alianza con alguna o varias fracciones de la burguesía. Como explicamos, su objetivo no consiste en derrocar al capitalismo sino en su conservación, y de allí que ante la amenaza revolucionaria, cierren filas en su defensa.

Su programa

La alianza que tradicionalmente ha establecido la burocracia nacional con distintas capas de la burguesía local (básicamente capitales industriales y burguesías débiles del interior) es el de la liberación nacional. El programa puede aparecer de forma más tibia o más decidida. Los programas de La Falda (1957) o el de Huerta Grande (1962) son las expresiones más radicalizadas de este programa. Pese a lo que el peronismo de izquierda ha planteado ninguno de estos programas era revolucionario. En ese sentido tanto el programa de La Falda como el de Huerta Grande develan los límites del programa reformista.

El primer apartado del programa de La Falda refiere al comercio exterior. Establece como objetivos que el intercambio comercial con el exterior sea controlado por el Estado, que se eliminen los monopolios extranjeros, que los productores controlen las operaciones comerciales “con un sentido de defensa de la renta nacional”, la ampliación y diversificación de los mercados internacionales y la denuncia de todos los pactos “lesivos de nuestra independencia económica”. También propone la planificación de la comercialización “teniendo presente nuestro desarrollo interno” y la integración económica con “los pueblos hermanos de Latinoamérica”. Se trata de reivindicaciones propias de la burguesía más débil que se ve imposibilitada de competir en el mercado mundial, dada su baja productividad y, por eso, reclama protección estatal frente a las importaciones a la vez que busca ampliar el mercado, pero dentro de una región en la que pueda medianamente competir. Por otra parte, la nacionalización del comercio exterior, practicada por el gobierno peronista a través del IAPI, Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, no conllevó ningún tipo de transformación estructural e implicó solo mecanismos de transferencia entre distintos sectores de la burguesía. Esto da cuenta del carácter reformista (y burgués) de la medida considerada más audaz en el programa de La Falda.

Respecto al mercado interno el programa de La Falda plantea la elevación de los salarios y del consumo, un aumento de la producción “con sentido nacional”, el desarrollo de la industria liviana “adecuada a las necesidades del país” y la “consolidación de la industria pesada”. Respecto a la política energética, propone la nacionalización de las fuentes naturales de energía. En cuanto a las economías regionales, que se encontraban en crisis, exige “soluciones de fondo, con sentido nacional a los problemas económicos regionales sobre la base de integrar dichas economías a las reales necesidades del país, superando la

actual división entre ‘provincias ricas y provincias pobres’”. También demanda un control centralizado del crédito por parte del Estado. En cuanto al ámbito agropecuario, reclama la nacionalización de los frigoríficos extranjeros, “a fin de posibilitar la eficacia del control del comercio exterior, sustrayendo de manos de los monopolios extranjeros dichos resortes básicos de nuestra economía”. Asimismo propone un programa agrario que se base en la mecanización del agro, expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario, en procura de que la tierra sea de quien la trabaja, lo cual supone una defensa de la burguesía agraria más pequeña.

El apartado sobre “Justicia Social”, plantea un plan de reivindicaciones obreras: control obrero de la producción y distribución de la riqueza nacional, mediante la participación efectiva de los trabajadores en la elaboración y ejecución del plan económico general, a través de las organizaciones sindicales; participación en la dirección de las empresas privadas y públicas, asegurando, en cada caso, el sentido social de la riqueza y control popular de precios. También se pide un salario mínimo, vital y móvil, previsión social integral, unificación de los beneficios y extensión de los mismos a todos los sectores del trabajo, reformas de la legislación laboral “tendientes a adecuarla al momento histórico y de acuerdo al plan general de transformación popular de la realidad argentina”; creación del organismo estatal que con el control obrero posibilite la vigencia real de las conquistas y legislaciones sociales; estabilidad absoluta de los trabajadores y fuero sindical. Se trata de reivindicaciones sindicales avanzadas, que muchos sectores de izquierda las comparten hasta hoy en día. Sin embargo, todas ellas parten de la ilusión en que el capitalismo argentino puede mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y la burguesía nacional tiene un interés en ello, y no en aumentar la tasa de explotación.

En el apartado “soberanía política”, es donde más a la izquierda hacen llegar su programa. Proponen la elaboración del gran plan político-económico-social, que “reconozca la presencia del movimiento obrero como fuerza fundamental nacional, a través de su participación hegemónica en la confección y dirección del mismo”. Es decir, no se plantean la toma del poder por parte de la clase, sino que se le dé un lugar privilegiado. También se demanda un fortalecimiento del estado “nacional popular”, “tendiente a lograr la destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y sus aliados extranjeros, y teniendo presente que la clase trabajadora es la única fuerza argentina que representa en sus intereses los anhelos del país mismo, a lo que agrega su unidad de planteamientos de lucha y fortaleza”. Aquí no solo no hay

una oposición al Estado comandado por la burguesía, sino que identifican aliados y enemigos. Si los enemigos son la oligarquía antinacional y la burguesía extranjera, los aliados deben ser los capitales industriales nacionales, aquellos cuyas reivindicaciones vimos que levantaban en el resto de los apartados. El apartado también evidencia su nacionalismo: la clase obrera porta los anhelos nacionales, o sea, del capitalismo nacional y por tanto la expansión de la burguesía que lo comanda.⁶ También se plantea una reivindicación del latinoamericanismo (“dirección de la acción hacia un entendimiento integral (político-económico) con las naciones hermanas latinoamericanas”) y del federalismo (“acción política que reemplace las divisiones artificiales internas, basadas en el federalismo liberal y falso”). Por supuesto, se agrega también la consigna de “libertad de elegir y ser elegido, sin inhabilitaciones, y el fortalecimiento definitivo de la voluntad popular”, contra la proscripción que pesaba sobre el peronismo. Por último, hay una declaración de solidaridad con las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos.

Años después, el programa de Huerta Grande, menos ambicioso, recupera los principales puntos:

“1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.

La lucha sindical es solo un aspecto de la lucha de clases, pero no el único como pretenden los reformistas. Este señalamiento es importante, porque existe cierta sobrevaloración de la lucha sindical en la izquierda argentina, que tiende a entenderla como el ámbito casi exclusivo de intervención partidaria.

⁶Para una crítica al nacionalismo ver: Harari, Fabián: “Casas ajenas. La naturaleza de las naciones”, en *Razón y Revolución*, n° 29, Buenos Aires, 2016.

2. Implantar el control estatal sobre el comercio exterior.
3. Nacionalizar los sectores claves de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo y frigoríficas.
4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.
5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.
6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.
7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.
8. Implantar el control obrero sobre la producción.
9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.
10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el Pueblo Argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos de producción.”

Dado que el reformismo es un programa que reivindica el policlassismo, con mayor o menor protagonismo de la clase obrera, no es casual que centrales obreras como la CTA participen en multisectoriales junto con, por ejemplo, la Federación Agraria Argentina. Se trata de una derivación lógica de un programa que busca aliarse con los capitales nacionales más chicos, aunque en el agro los capitales más débiles son de una magnitud considerable.⁷ Es decir, se lleva a los obreros a aliarse con sus propios patrones (recordemos que en la CTA hay algunas organizaciones de trabajadores rurales como el Sindicato de Tareferos en Misiones).

La alianza con la burguesía no solo se expresa de forma genérica en el programa y en su adscripción a alguna variante del peronismo, sino que puede verse, incluso, de forma más inmediata cuando los sindicatos se movilizan en defensa de las patronales de sus ramas. En medio de la crisis del treinta aparecen los primeros ejemplos de estas situaciones. Por ejemplo, en ese contexto, dirigentes gráficos gestionaron ante las autoridades una reducción de la estampilla postal para el envío de catálogos y suscripciones a periódicos y revistas y una baja del impuesto a la publicidad gráfica en calles. Este proceso llega a su punto culminante bajo el peronismo, donde los dirigentes sindicales se convierten en lobistas de su patronal frente al gobierno, piden créditos, gestionan materias primas. Salvador Zucotti, quien fuera secretario general del

⁷Ver: Sartelli, Eduardo (Dir.): *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía (marzo-junio de 2008)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008.

Sindicato de Obreros Molineros durante el segundo gobierno peronista, relata las gestiones que en carácter de dirigente gremial realizaba a favor de “su” industria: “La industria necesitaba trigo. Nosotros íbamos a los poderes públicos a gestionar y a pelear por el trigo que le hace falta a la industria.” Se necesitaba “tal cupo de trigo y de semilla. Y yo estaba en todo eso. Estaba porque favoreciendo a la industria y al molino, estaba favoreciendo a mis compañeros. Y esa fue nuestra prédica (...) creo que todos los sindicatos en esos momentos, fueron iguales.”⁸

Un ejemplo contemporáneo es el de la UATRE que apoyó el reclamo de las patronales agrarias en el conflicto del campo del 2008. Otro ejemplo es el del SMATA, que presentó el año pasado un proyecto de Ley en el Congreso en defensa de las autopartistas nacionales, con movilización incluida.⁹ Estos son claros casos en donde la movilización de los sindicatos no responde a un interés obreros, sino patronal. Es decir, no siempre una manifestación obrera expresa un reclamo por intereses propios. El argumento que esgrime la burocracia, en general, es que el sindicato está defendiendo las fuentes de trabajo y, por lo tanto, está en los intereses obreros la subsistencia de los capitales más ineficientes que solo funcionan con el pulmotor estatal. Por ello, interceden frente al Estado como representantes de esas patronales.

Una vez ubicados en esta pendiente, ruedan cuesta abajo sin que nada los detenga. Ya no se trata de defender intereses patronales respecto al estado u otros sectores burguesas, sino frente a, al menos una parte de los obreros. Esto ocurre cuando la burocracia justificar la necesidad de aceptar la suspensión de trabajadores y arreglar retiros voluntarios (despidos encubiertos). Con ello, justifican que las empresas sobrevivan a las crisis a costa de los trabajadores. El argumento, otra vez, es la defensa del empleo- aunque ya no se trate del empleo de todos, sino solo de los que vayan a quedar.

Si revisamos la evolución del empleo en el sector automotriz, donde la antedicha situación es recurrente, vemos que el argumento del cuidado de los puestos es falso. La tendencia en esta rama es al aumento de la producción en paralelo con una constante destrucción de puestos de trabajo. Ello mismo podría verificarse en otros sectores. Esta defensa de los intereses patronales explica también el apoyo de un sector

⁸Testimonio de Salvador Zucotti, Archivo oral del Instituto Torcuato di Tella, cit. en: Kabat, Marina: *Perónleaks, una relectura del peronismo a la luz de sus documentos secretos*. Ediciones ryr, Buenos Aires, 2017, cap. 4.

⁹Sobre este tema hemos sacado un volante disponible en: <http://razonyrevolucion.org/smata-los-sirvientes-del-patron/>.

importante de la burocracia a las leyes de flexibilización laboral en los 90 y la firma de convenios colectivos más flexibilizados con Macri (Vaca muerta, etc.).¹⁰

Como toda burocracia comparte, en última instancia, los mismos intereses de la burguesía, es evidente que a ella le es útil como dique de contención y tiene, por ello, un interés en su perpetuación. De allí que el sobre debajo de la mesa sea moneda corriente, así como los aportes del Estado en diferentes ítems como el fondo a las obras sociales, para cursos de capacitación, etc. No se trata de mayor o menor honestidad de los dirigentes, sino que la corrupción es el mecanismo por el cual la burguesía se garantiza un personal sindical que mantiene en orden a sus subordinados. En este mismo sentido, se comprende la legislación que tiende a reforzar el poder de la burocracia, como veremos, la Ley de Asociaciones Sindicales, y las intervenciones del Ministerio de Trabajo en favor de ella.

Pero esta imbricación con los intereses de la burguesía puede llegar incluso más lejos. Suele atribuirse a la burocracia intereses propios, en especial por su conversión en empresarios, y la de sus gremios en empresas. Sin embargo, no podría achacarse esto a cualquier burócrata sindical. Por ejemplo, probablemente De Genaro no haya incrementado su fortuna como Cavallieri. Y sin embargo, no deja de ser un burócrata. Lo que sucedió en el caso de Cavallieri, del sindicato de comercio, como en el de los llamados “gordos” en general, es que se han convertido ellos mismos en burgueses, es decir, en explotadores. A diferencia del simple burócrata, aquí estamos en presencia de una burguesía sindical.

Cuando un dirigente sindical se convierte él mismo en burgués, tenemos allí un elemento diferente. Ya no se trata del simple burócrata que busca sólo aplacar la lucha contra la burguesía. Estamos en presencia de un burgués que dirige un sindicato obrero. Se trata de empresarios en toda regla que, incluso, pueden acumular en la misma rama de su sindicato, por lo cual tendremos a un patrón dirigiendo el gremio de sus obreros. En estos casos se produce un gran retroceso en las organizaciones gremiales. En los orígenes de los sindicatos, los obreros batallaron para expulsar de sus filas a quienes se habían convertido en explotadores. Estamos hablando de principios del siglo veinte, cuando predominaban sindicatos de oficio y, por los bajos requisitos

¹⁰Ver: Egan, Julia: “La flexibilización sin fin. Sobre el nuevo acuerdo petrolero y la intención de reformar los convenios laborales”, en *El Aromo*, n° 94, enero-febrero de 2017.

de inversión en maquinaria, era relativamente frecuente que un obrero se independizara y montara su propio taller, empleando con el tiempo otros obreros. Los trabajadores entendieron entonces qué no importaba el origen de esos nuevos empresarios o cuán pequeños fueran, ya no compartían los intereses de los trabajadores por pertenecer a otra clase, para peor una clase social antagónica a la clase obrera y que, por lo tanto no podían participar junto con los obreros de las mismas organizaciones gremiales. De tal forma se incorporaron cláusulas que impedían a propietarios de talleres o a quienes empleasen obreros asociarse a los sindicatos.

En la actualidad, la situación es mucho más grave y aun así no se han tomado las medidas pertinentes. Hace décadas que hay sindicatos dirigidos por la burguesía, porque los gremialistas se han convertido en burgueses hechos y derechos (no ya pequeños patronos con algunos obreros). De esta manera, en muchos casos los dirigentes al firmar convenios laborales no “traicionan” sino que defienden sus intereses, sus intereses como burgueses del sector.

Por ejemplo, los obreros de la construcción perdieron en la década del 60 el derecho a la indemnización que fue reemplazado por el fondo de desempleo. El ejecutor de tal derrota fue Rogelio Coria, entonces Secretario General de la UOCRA. Coria no solo era propietario de empresas de construcción, o sea era patrón de obreros de su gremio, sino que incluso era dueño de la empresa que se dedicaba al cobro del fondo de desempleo. Un ejemplo más reciente es el de Omar Viviani, que representa a los peones de taxis mientras es acusado de ser propietario de una flota de 200 autos.

En resumen, cuando hablamos de burocracia nos enfrentamos a una dirigencia sindical que expresa un programa reformista, y por tanto burgués, que concretamente se encarna en el peronismo, en sus diferentes variantes. Ello abarca desde el simple burócrata que establece una alianza política con la burguesía, hasta quien se ha convertido en un burgués. Queda aún por dilucidar cómo este personal sindical ha perpetuado su dominio.

Ningún obrero nace peronista (ni revolucionario)

Desde hace más de 70 años los sindicatos argentinos están dirigidos por el peronismo. El peronismo ha creado una mitología de sí mismo, según la cual el movimiento obrero nació en 1945. Esto es falso. La clase obrera ya tenía para esa época al menos medio siglo de organización

que había surgido con el anarquismo y el socialismo. Lo que no puede negarse es que desde mediados del siglo XX, el peronismo mantuvo la hegemonía absoluta sobre las organizaciones gremiales. La pregunta es cómo ha logrado esa eficacia.

A diferencia de lo que se cree usualmente, en la Argentina, la burocracia sindical no fue inventada por el peronismo. Podemos datar su surgimiento hacia la segunda mitad de la década de 1910, bajo el gobierno de Irigoyen, en la Federación Obrera Marítima (FOM).¹¹ La dirección de la FOM estaba en manos de sindicalistas revolucionarios que pronto abandonaron la definición de “revolucionarios” para pasar a ser sindicalistas a secas.¹²

La característica propia del sindicalismo revolucionario, corriente fundada por George Sorel, es la negación de la necesidad de la organización político partidaria de la clase obrera. Según esta corriente, los sindicatos bastan como organización de la clase, y sería con ellos como instrumento y con la huelga general, como método, que se conquistaría el poder. Esto los diferencia de los socialistas revolucionarios, para quienes la organización sindical es necesaria, pero no suficiente. Una vez que el sindicalismo revolucionario abandona su perspectiva revolucionaria, se convierte en defensora de la organización corporativa de la clase de forma exclusiva, es decir, adopta una posición netamente reformista. Esta corriente priva a la clase de una organización política independiente, dejándola librada a la dirección burguesa en el campo de intervención política. De hecho, una de las características de la FOM fue su confianza en la intervención del Estado burgués en los conflictos, el abandono de una estrategia de acción directa y la contención de las tendencias más combativas y predisuestas al enfrentamiento, como el anarquismo.

El movimiento obrero entró, tras la derrota de la huelga de la FOM en 1921, en un reflujo del que salió a comienzos de la década del 30. El epicentro del ascenso fue la huelga general de 1936, dirigida por los comunistas, que controlaban los sindicatos por rama más importantes del período, como el de la construcción (FONC). El peronismo se erigió como dirección sindical sobre la base de la aniquilación del

¹¹Lucena, Alberto y Villena, Cesar: “La primera burocracia sindical. La Federación Obrera Marítima y la Gran Huelga de 1920-1921”, en *Anuario CEICS*, nº 2, Buenos Aires, 2008.

¹²Ver: Sartelli, Eduardo: “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica (1912-1922)”, en *Razón y Revolución*, nº 2, Buenos Aires, primavera de 1996.

comunismo (represión, ilegalización de sindicatos y creación de sindicatos nuevos de la mano de dirigentes afines a los que se les otorgó el monopolio sindical).¹³ De allí en más, dominará los sindicatos.

Las explicaciones de la permanencia de la burocracia suelen girar en torno a dos posiciones. Por un lado, quienes plantean que la dirigencia sindical refleja la conciencia de las bases. Es la dirección que las bases eligen y respaldan y, por tanto, es expresión genuina de ellas. Estas posiciones tienden a acercarse al peronismo. El supuesto es que las bases fueron, son y serán peronistas, que nunca entraron ni entrarán en crisis con el reformismo. La versión de izquierda de esta posición, expresada, por ejemplo, por Montoneros, supone que esa forma de la conciencia no implica un obstáculo para el desarrollo de la revolución. Más a la derecha, se construye una visión idealizada de la burocracia y una apología de la misma.¹⁴ Por el contrario, la izquierda tiende a explicar el fenómeno con el argumento opuesto: la burocracia siempre traiciona a las bases y solo se sostiene en base a la represión y la anulación de la democracia interna. Lo que esta visión no puede aceptar es la idea de que los obreros puedan elegir una dirección peronista. Se trata de una posición también abstracta, según la cual, los obreros no pueden ser nunca reformistas o, incluso, reaccionarios. La clase obrera repudiaría a la burocracia por lo que esta dependería para mantenerse en el poder de métodos exclusivamente coercitivos. Pero nunca esa dirección podría expresar realmente a las bases. Si en la primera visión se idealiza a la burocracia, aquí se idealiza a la clase obrera.

Ambas posiciones son idealistas y ahistóricas. La primera no explica por qué si existe tanto consenso, la burocracia necesita del uso de la violencia física. La segunda, no explica por qué no existe en los obreros la voluntad y predisposición a enfrentarse a la burocracia y destituir-la. Ambas parten de un supuesto epistemológico que naturaliza un resultado específico de la lucha de clases, que en algún momento puede ser cierto, pero que no da cuenta de la dinámica de la lucha ni de la conciencia obrera. Hasta un reloj parado acierta dos veces por día.

¹³Ver: Kabat, op. cit.

¹⁴Estas posiciones se pueden ver en: Iñigo Carrera, Nicolás (Director): *Sindicatos y desocupados en Argentina. 1930/1935 – 1994/2004. Cinco estudios de caso*, PIMSA, Buenos Aires, 2011. Un ejemplo de esta reivindicación es el análisis que este autor realiza del Argentinazo. Según su visión, puntapié de esta insurrección habría sido la huelga convocada por la CGT y la CTA el 13/12/2001. En realidad estas centrales brillaron por su ausencia en el proceso insurreccional y el verdadero antecedente del mismo es el Piquetazo nacional convocado por la Asamblea Nacional de Trabajadores desocupados.

La conservación de la hegemonía peronista en los sindicatos no puede entenderse desde estas posiciones, aunque ambas expresen parcialmente alguna verdad. Como explicamos, la burocracia peronista expresa algún interés de la clase, así sea parcial e inmediato, y por tanto en momentos en donde la conciencia que prima es la reformista, las bases tenderán a confluir con esas direcciones. Esto sucede de forma más pronunciada en momentos de derrota, cuando la lucha de clases se encuentra en declive. En esos momentos, la burocracia puede dominar los sindicatos con relativa tranquilidad. Incluso puede ser protagonista de luchas y conquistas económicas. Pero, dado que la conciencia no es estática, porque la realidad no lo es, la relación entre las bases y sus direcciones puede variar. En la medida en que la clase busque avanzar en su lucha, entre en crisis con esa conciencia reformista o, incluso alguna de sus fracciones adopte un programa revolucionario, se enfrentará a su dirección sindical. Es allí cuando la burocracia peronista aparece como un obstáculo para el desarrollo político de la clase obrera, cuando la ideología pierde fuerza y aparece la represión lisa y llana.¹⁵ La lucha contra las corrientes revolucionarias en el seno de la clase obrera incluye el plano ideológico, en el que la burocracia busca convencer a sus bases apelando a la ideología peronista, nacionalista y hasta católica. Pero, en momentos de alza de la lucha de clases, esto resulta insuficiente, y apelan a otros métodos, como la conformación de fuerzas de choque, que en las últimas décadas cobraron la forma de patotas.

Por sus objetivos políticos, el reformismo encierra una potencialidad contrarrevolucionaria que se manifiesta frente a la emergencia de una fuerza social revolucionaria que pone en cuestión las relaciones sociales existentes. La burocracia busca imprimirles una derrota para encauzar a los obreros en el programa reformista. No solo expresa ese programa sino que también batalla por imponerlo. Pero, una vez derrotada dicha fuerza, la burocracia puede volver a dominar por medios “normales”, es decir, con apoyo de sus bases, y consolidar su poder.

Este proceso puede observarse en la coyuntura 69-76, del Cordobazo al golpe militar, signada por la emergencia de una fuerza social revolucionaria en el seno de la clase obrera, producto de la crisis del

¹⁵Ver: Harari, Ianina y Egan, Julia: “De la reforma a la reacción. La burocracia sindical durante el tercer gobierno peronista (1973-1976)”, en Sartelli, Eduardo y Kabat, Marina (coordinadores): *Mentiras Verdaderas. Ideología, nacionalismo y represión en la Argentina 1916-2015*, OPFYL, Buenos Aires, en prensa.

reformismo. Hasta el '73, la burocracia podía ubicarse dentro de la fuerza social reformista. Una vez que el peronismo asume el gobierno, irá acercándose a la fuerza social contrarrevolucionaria y será la encargada de batallar contra la “guerrilla fabril”. La apelación al discurso de la unidad nacional y el llamamiento a la pacificación del país fueron algunos de los argumentos que se esgrimían para defender las políticas del gobierno que implicaban el congelamiento salarial por dos años (Pacto Social). Junto con ello, se buscó desacreditar a quienes se oponían a ella exaltando el nacionalismo, tildando a las corrientes de izquierda de opositoras a los intereses nacionales, cristianos y populares que defenderían los obreros junto a Perón. Los burócratas gremiales se presentaban, de este modo, como

gendarmes de la nación, del movimiento peronista y de la clase obrera, contra aquellos que atentaban contra sus intereses. Todo ello fue parte de una batalla ideológica que los sindicatos peronistas desplegaron contra las corrientes marxistas y peronistas de izquierda en el seno de la clase obrera, en la que no ahorraron tinta ni argumentos para ganar la conciencia de las bases y mantenerlas en el redil peronista.

Pero los ataques a los activistas de izquierda no fueron solo verbales, dado que su influencia seguía creciendo. A la represión ideológica se sumaba la represión física. La eliminación física del enemigo comenzó con la masacre de Ezeiza y siguió un curso ascendente con la creación de la Triple A y otras organizaciones de choque paraestatales, como la Juventud Sindical. La tarea de los sindicalistas era desterrar la oposición por izquierda en los gremios. Para ello apelaron a diferentes medidas, en especial sanciones disciplinarias o expulsiones del gremio, lo cual dejaba sin fueros a los activistas de izquierda, abriendo camino al despido por parte de la patronal.

En función de fortalecer el poder de la dirigencia sobre las estructuras sindicales, la burocracia peronista impulsa la reforma de la Ley

Cuando hablamos de burocracia nos enfrentamos a una dirigencia sindical que expresa un programa reformista, y por tanto burgués, que concretamente se encarna en el peronismo, en sus diferentes variantes.

de Asociaciones Profesionales, cuya aprobación le otorgó mayores prerrogativas para controlar sus gremios y expulsar de ellos a la izquierda, por ejemplo, interviniendo seccionales. Esto tuvo particular importancia para disciplinar seccionales o comisiones internas combativas. La participación de la burocracia en el armado de las listas negras para el gobierno militar muestra su colaboración con dicho régimen.¹⁶

Conclusiones

La izquierda ha tenido serios problemas para intervenir en los sindicatos y ganar posiciones. Su inserción sindical ha sido acotada, con excepciones como las de la década del 70. Otra excepción la constituyen, en los últimos años, los sindicatos docentes. Es cierto que no todo momento histórico es propicio para el crecimiento de las corrientes revolucionarias, pero, a nuestro juicio, hay elementos de la intervención sindical que revisar. Uno de ellos se relaciona con la imagen estructural de la clase obrera argentina, cuyos grandes batallones ya no se encuentran en el ámbito fabril, donde la izquierda tiende a depositar sus mayores esperanzas.¹⁷ Hay también otros elementos relacionados con la forma en que se enfrenta el trabajo sindical.

Un primer punto se relaciona con la comprensión de los límites de la lucha sindical. La conciencia acerca de la parcialidad de los objetivos sindicales y la inviabilidad de ciertas conquistas bajo el capitalismo no deben abandonarse nunca. La lucha corporativa puede rendir ciertos frutos, pero son siempre parciales y temporarios. Si de algo puede servirnos es para elevar la conciencia de la clase acerca de la contradicción de intereses con la burguesía y de la necesidad de destruir el capitalismo. Es decir, para favorecer el pasaje hacia la conciencia revolucionaria y la organización política.

Un segundo elemento tiene que ver con la relación con el reformismo y la debilidad frente al peronismo. Si algo caracteriza a la burocracia en sus distintas vertientes, desde el simple burócrata hasta el burgués sindical, es su programa reformista. No hay forma de combatir el reformismo con más reformismo o con un reformismo radicalizado.

¹⁶Ver por ejemplo, el testimonio de Pedro Troiani, ex delegado de Ford en: “¿El óvalo de la muerte? Empresas y represión bajo el Proceso Militar: El caso Ford”, en *Razón y Revolución*, n° 10, Buenos Aires, primavera de 2002.

¹⁷Ver: Harari, Ianina; Villanova, Nicolás; Sartelli, Eduardo: “La estructura de la clase obrera ocupada tras el kirchnerismo: un análisis a partir de las estadísticas”, en *IX Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, diciembre de 2016.

Entender que nos enfrentamos a un programa que se encuentra arraigado en una fracción mayoritaria de la clase, debería llevarnos a reflexionar sobre las estrategias con las que nos enfrentamos al sindicalismo peronista. Esto está en relación con un tercer elemento. La burocracia ni es un reflejo de las bases ni se sostiene a fuerza de garrote. Comprender sobre qué elementos asienta su hegemonía permite delinear una mejor estrategia.

La discusión con las bases ideológicas del peronismo, aparece entonces, como una tarea de primer orden. Esto implica combatir los prejuicios reformistas y nacionalistas de los trabajadores en lugar de plegarse a ellos. No puede hacerse esto con un consignismo que deja intactas las ideas del enemigo en nuestras filas. El terror que le produce a muchos compañeros tener que discutir con el peronismo, y por tanto, con sus propios compañeros, colabora con el retraso de la conciencia. Para no “alejarnos”, se concede más de un argumento, al punto de esconder el programa propio. Pero así, no ofrecemos alternativas reales. No podemos esperar que la clase elija una dirección que plantea esencialmente lo mismo que la que la que ya tiene. Por eso, si la izquierda quiere avanzar, debe romper con sus propios prejuicios sobre la clase obrera. La burocracia sindical hace en forma permanente y sistemática un paciente trabajo de propaganda política. Sino presentamos pelea también en ese frente, se le otorga a la burocracia una gran ventaja.

Por una vuelta al clasismo: La corriente sindical Goyo Flores

Como ya explicamos en varios lugares, *Razón y Revolución* nació como un grupo de teoría y propaganda (en el sentido leninista), un mero destacamento de un ejército mayor, que buscaba saldar un déficit de la izquierda argentina: el abandono de esas tareas que generaba una debilidad programática. La tarea de desarrollo programático derivó en la aparición de diferencias políticas profundas que ameritaron el pasaje a la conformación de un partido completo. Estas diferencias no solo emergieron en plano político más general, sino incluso en la actividad de organización sindical y la agitativa. Un ejemplo de ello es el reforzamiento del prejuicio nacionalista típico del peronismo que la izquierda ejerce al criticar a las empresas por “multinacionales”, “extranjeras”, etc., como si un capital norteamericano se comportara frente a sus obreros distinto que un capital nacional. Otro ejemplo es la sistemática negación de la crisis capitalista a la hora de explicar a los trabajadores las causas de los despidos, suspensiones, flexibilidad, etc. Pareciera que

las leyes del capitalismo no obligaran a los burgueses a aumentar la tasa de explotación, sino que se tratara de un problema moral. Caen así en posiciones socialdemócratas (hay empresarios malos que ajustan sin sufrir problemas económicos). Pero se abstienen de hacer una crítica al sistema social y de explicarles a los compañeros que este es el modo de funcionamiento normal del capitalismo, que hay que luchar para imponer cierto límite a la explotación, pero que solo una revolución podrá eliminarla. Es decir, se abstienen de explicarles a sus compañeros el programa revolucionario, por todo lo que explicamos más arriba. Abandonan, entonces, la batalla por las conciencias y se la regalan al peronismo.

Todo ello nos llevó, entonces, a comenzar a organizar una corriente sindical propia. La hemos bautizado con el nombre de un dirigente que, a nuestro juicio, ha representado aquello que queremos construir: un militante que no se limite a la lucha sindical, sino que dé el paso hacia la construcción política. Este fue el recorrido de Goyo Flores, que comenzó como un sindicalista “puro” y luego de la batalla que dio junto a sus compañeros en el SITRAC, se convenció de la necesidad de la organización político revolucionaria de la clase. Así militó primero en el PRT y luego en el PO, llegando a ser un dirigente político de primera línea.

La corriente sindical de Razón y Revolución tiene como objetivo la lucha contra la degradación a la que está sometida la clase obrera, entendiendo que la lucha sindical puede lograr revertirla parcial y momentáneamente, puede establecer un límite a la explotación, pero la supresión de esta tendencia solo se logrará con la socialización de los medios de producción, la eliminación de la sociedad de clases y el fin de la explotación. Para ello la clase obrera debe comenzar a organizarse unificando aquello que la burguesía divide: ocupados versus desocupados; contratados versus trabajadores de planta; trabajadores en negro versus registrados; etc. La solidaridad de clase debe imponerse sobre la fragmentación y la competencia.

La clase obrera argentina viene sufriendo un retroceso sistemático en sus condiciones de vida y de trabajo. La degradación a la que nos somete la burguesía, gobierno tras gobierno, responde a una estrategia general de largo plazo: aumentar los niveles de explotación. Esto se logra a través de distintos mecanismos, en especial aquello que conocemos como flexibilidad laboral.

Cada vez que se negocian paritarias se hace eje en el salario y se deja de lado todo un universo de conquistas que fuimos perdiendo y por las cuales hay que reclamar. Sumado a ello, se fueron permitiendo

formas de contratación precarias, que destruyen un logro histórico: la estabilidad laboral. El fin de todas estas formas contractuales precarias debe ser uno de nuestros principales reclamos. Nuestro salario no quedó fuera de esta tendencia. Década tras década nos encontramos un escalón más abajo. Hoy el salario real promedio es la mitad que en la década del 70. Por más paritarias que se firmen, la inflación lo supera. Gracias a la caída del salario, hoy más de la mitad de los trabajadores argentinos son pobres. Tener un trabajo ya no garantiza salir de esa situación. Por eso, el reclamo de un salario igual a la canasta básica total es insuficiente. La canasta básica es la línea de medición de la pobreza. Nuestro horizonte no puede ser la miseria. Debemos reclamar por una suma mayor del básico, que incorpore todos los ítems que hoy están en negro.

Todos estos procesos fueron generando una fragmentación de la clase obrera entre ocupados y desocupados, entre quienes tienen mejores y peores condiciones de trabajo y de vida. Esa fractura es utilizada por la burguesía para enfrentar a unos con otros: los que pagan impuestos contra “los planeros”, los que están en planta contra los contratados o tercerizados, etc. La burocracia también refuerza su poder explotando esta fractura: el caso más evidente ha sido la lucha de los tercerizados del ferrocarril y el asesinato de Mariano Ferreyera. Por el contrario, nuestra tarea es superar esta división aparente que impone la burguesía y reconstituir la unidad gremial y política de la clase.

En síntesis, nosotros combatimos el reformismo porque el interés del burgués en explotarnos cada vez más para aumentar su ganancia es contradictorio e irreconciliable con nuestro interés de una vida mejor. Por eso, nos referenciamos en la tradición del clasismo, aquella corriente que defiende la independencia de clase frente a la burguesía y sus gobiernos y cuyo horizonte es el socialismo. Para desarrollar esta batalla nos enfrentamos con la burocracia, pero no sólo por una cuestión de métodos, ni por unos pesos más al salario. Tenemos claro cuál es su programa, precisamente porque no olvidamos el nuestro.